

LA IGLESIA Y SUS PASTORES, SACRAMENTO DE LA PATERNIDAD DE DIOS

JOSÉ MARÍA IMÍZCOZ

I. LA IGLESIA, MISTERIO DE AMOR EN SU MATERNIDAD Y PATERNIDAD

La misión de la Iglesia, misión de amor

Una de las descripciones más bellas y, sobre todo, más profundas que nos ha ofrecido el Concilio Vaticano II sobre la Iglesia es la que la presenta como *el sacramento del amor de Dios al hombre*, cuando afirma que ella «*manifiesta* (es signo) y al mismo tiempo *realiza* (es mediación eficaz) el misterio del amor de Dios al hombre» (GS 45,1). La Iglesia es sacramento del amor de Dios en cuanto es «sacramento de la humanidad de Cristo», quien siempre será el sacramento principal y primordial de Dios. A su Iglesia ha encomendado Jesús continuar la misión de amor a la que el Padre le había enviado. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana deriva de esta realidad de la Iglesia en cuanto es sacramento de ese amor paternal de Dios al hombre.

La misión del amor es la gran misión de la Iglesia. Todas las realidades eclesiales: palabra, sacramentos, pueblo de Dios, instituciones, jerarquía, agentes de pastoral..etc., no tiene otra razón de ser sino la de ser signo y mediación del amor salvador de Dios a la humanidad. Su relación con este amor de Dios en el modo de ser servido a los hombres, es lo que da a todas estas realidades la medida de su verdadero valor eclesial. Los fieles de la Iglesia deben «vivir preocupados por el hombre mismo, amándolo con el mismo movimiento con que Dios lo buscó» (AG 12,1).

La Iglesia del Padre

Pensando en el mundo actual y desde una perspectiva prevalentemente pastoral, un buen número de Obispos pidió que el Concilio ofreciera el verdadero rostro de Dios hablando de la paternidad divina que eleva a los hombres a la dignidad de hijos de Dios. La doctrina del

Vaticano II sobre el Padre lo presenta como fuente originaria de la misión salvadora del Hijo y del Espíritu en favor del hombre, y también como origen de la Iglesia y de todos los dones y ministerios que en ella se dan. Los hombres son hijos del Padre y él es el término de todo su designio salvífico. La Iglesia, que tiene su origen en el Padre, está orientada hacia él como a su fin.

Merece especial atención la descripción que hace el Concilio del proceso que el plan providencial de Dios Padre va marcando al curso de la Iglesia: *prefigurada* en la creación, *precedida* en la historia de Israel, *constituida* en los tiempos definitivos, *manifestada* por el Espíritu; un día será *consumada* gloriosamente (LG 2).

La Iglesia: «misterio» que surge del misterio de la Trinidad

El Concilio Vaticano I nos ofreció una eclesiología que ponía su acento en la Iglesia contemplada como sociedad perfecta. Por su parte, Pío XII en su encíclica *Mystici Corporis*, dio una visión de la Iglesia considerándola como Cuerpo Místico de Cristo, al que se contempla en un equilibrio integrador de sus aspectos visibles y espirituales. El gran logro de la eclesiología del Vaticano II ha sido el de tomar como punto de partida de su teología sobre la Iglesia, su realidad de *misterio* que encuentra su fuente y modelo en el misterio trinitario; éste es un misterio de amor y de unidad, que da a la Iglesia todo el sentido de su ser y misión. Haciendo suya la frase de San Cipriano, el Concilio describe a la Iglesia como un pueblo «reunido por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (LG 4,2).

Es la Iglesia «nacida del amor del Padre» (GS 40,2). Nace del Padre en el engendramiento de amor de su Hijo en el Espíritu del amor. La historia de la Iglesia es la historia del engendramiento del Hijo único en el Espíritu que en el proyecto del Padre, ha de extenderse sobre los hombres a través de la misión del Hijo y del Espíritu por medio de la misión que a ella le encomienda. Por eso, esta misión de la Iglesia toma su origen «de la misión del Hijo y de la del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre» que es un propósito que dimana de su «amor fontal» o «caridad» (AG 2,1.2).

La Iglesia, sacramento de la Pascua del Hijo, cumbre del amor del Padre y del Espíritu sobre el hombre

Es en la Pascua de Jesús donde la Iglesia encuentra su definitiva constitución. Surge como Esposa del gesto de Jesús que por ella se entrega hasta la muerte, abriendo al Padre y a los hombres todo el amor de su

corazón traspasado. La Iglesia surge de su muerte y es creada en su resurrección, pues es Cristo mismo quien a la vez resucita *personalmente y en su Cuerpo* que es la Iglesia. «El Señor —escribe San Agustín— ha dado su sangre por aquella a la que obtendría en su resurrección» (*In Jo ev.* VIII). La Iglesia es obra del Padre, que se inicia en la plenitud de ese engendramiento que realiza resucitando a su Hijo en su cuerpo de Hombre, haciendo que de esta resurrección surja su Cuerpo eclesial.

Este engendramiento glorioso de Cristo en su resurrección es, al mismo tiempo, el *alfa permanente de la Iglesia y el punto omega* hacia el cual la Iglesia debe ir creciendo en su historia, hasta llegar a la talla de Cristo en su plenitud (*Ef* 4,13). Por ello, toda la misión de la Iglesia debe ser el sacramento de Cristo resucitado, donde el Padre manifiesta en el tiempo la plenitud de su amor al mundo. Ella debe ser «la manifestación» y «la realización» del misterio del amor de Dios al hombre (GS 45,1), siendo el sacramento de la Pascua del Hijo, en la que el Padre y el Espíritu Santo realizan el acontecimiento cumbre de su amor a la humanidad. La participación en este amor constituye el fondo divino de la Iglesia, el núcleo mismo de su identidad.

Dos formas de participación de la Iglesia en el amor salvador de Dios

Podemos afirmar que son dos las formas en las que la Iglesia participa de este amor de Dios. Participa de él:

- siendo *depositaria* del mismo en sus «realidades santas» y
- *viviendo* este amor en las personas de sus «miembros santos».

A propósito de esta participación de la Iglesia en el amor de Dios, debemos recordar que el hombre *tiene* amor; sin embargo, Dios *es* Amor. La Iglesia también «es» amor en cuanto en ella se ofrece a los hombres el amor de Dios en sus medios de salvación. La Iglesia «tiene» amor en la medida en la que vive el mandato de su Señor (*Jn* 13,34-35). En este sentido, una Iglesia donde no se vive el amor, no es la verdadera Iglesia que quiso Jesús. Integrada por hombres pecadores es santa y necesita de purificación (LG 8,4). Siempre la Iglesia será la «casta meretrix» como la llaman los Santos Padres.

La «casta meretrix»

La Iglesia es la Iglesia «casta» por lo que Dios pone en ella, por lo que Dios obra en ella. No lo es por lo que los hombres por sí mismos le aportan, ni por la actividad que en ella desarrollan en cuanto proce-

de del hombre. Es santa en los actos que realiza como actos del Señor y en la medida en que son suyos: por ejemplo, los sacramentos, la solemne proclamación de una verdad de fe... etc. Pero aparece la casta «meretrix» en todo lo demás; allí donde el hombre actúa y en todo lo que hacen los cristianos, incluso los mejores como son los santos; sólo escapan completamente a esta miseria cuando han llegado a su máxima madurez espiritual, en el momento de la muerte.

También se hace presente la debilidad y las huellas del pecado humano en todo lo que hacen los mismos dirigentes de la Iglesia y los que ocupan los puestos de mayor responsabilidad eclesial. La Iglesia debe preservar del pecado a todos y de modo especial a sus pastores; tanto más cuanto más graves son las consecuencias de su pecado. Pero la Iglesia no los violenta pues esto equivaldría a suprimir al hombre, en quien Dios sigue confiando para hacerle mediación de su amor. La comunidad eclesial pone su esperanza en el Señor que la amó y se entregó a sí mismo por ella para consagrarla a Dios y purificarla (*Ef* 5.25-26)¹.

«La Iglesia, escribe San Agustín, en cuanto totalidad dice: “Perdónanos nuestros pecados”. La Iglesia tiene, pues, manchas y arrugas. Pero con la confesión se quitan las arrugas y se lavan las manchas. La Iglesia está en oración para ser purificada por la confesión, y en tanto vivan hombres en la tierra sigue estando así» (*Serm.* 181, c.5,7). Por su parte San Gregorio Magno afirma: «Diga la Iglesia: soy “negra”, soy pecadora, porque el sol me ha tostado, pues en el tiempo en que mi Creador se alejó de mí, caí en el error» (*In Cant.* c.1,5). El Concilio Vaticano II nos habla de una Iglesia «santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante» (LG 8,4).

La Iglesia, «sacramento del amor de Dios», debe vivir en su seno la «comunión del amor»

A pesar del desamor del pecado que mancha a la Iglesia en sus miembros, ella ha sido elegida para ser el «sacramento del amor de Dios al hombre». Cuanto más impregnados de ese amor —inseparable de la justicia— estén sus fieles y las estructuras eclesiales, tanto más eficazmente la Iglesia podrá cumplir esta elección. La convicción de que ha sido elegida para esta misión, debe llevar a la Iglesia a reconocer que ella debe ser en primer lugar una *comunión de amor*. Ha sido pensada por Jesús como la *familia* de los hijos de Dios, la comunidad de sus discípulos que vive en fraternidad el mandato que él les dejó;

1. Cfr. H.U. VON BALTHASAR, *Ensayos Teológicos*, Madrid 1964, II, pp. 353-354.

debe caminar en el mundo hacia el Padre, iluminada, santificada y conducida por el amor de los que en ella le representan. La Iglesia no es, por tanto, una democracia ni una monarquía absoluta. La Iglesia visible o comunión en los bienes salvíficos, *communio sacramentorum*, como lo denomina San Agustín (*Serm.* 214,11), se ordena a la comunión en el amor. La comunión en el amor es lo que caracteriza al ser mismo de la Iglesia: «Un pueblo reunido por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (LG 4,2; cf. UR 2,6).

Estrecha conexión entre «comunión» eclesial y eficaz «misión»

Se da una estrecha correlación entre *comunión* y *misión*; ellas se compenetran y se implican mutuamente en una profunda unidad, como nos lo ha recordado Juan Pablo II en su Exhortación *Christifideles laici*: «la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión» (n. 32). La finalidad de toda la misión salvadora de la Iglesia se orienta a que los hombres vivan en la comunión del amor a Dios y de ellos entre sí; sin embargo, la eficacia de esta misión se está decidiendo en la autenticidad de su comunión (AG 6,7). A ello alude Jesús cuando pide al Padre que «todos sean uno» para que el mundo pueda creer que él ha sido enviado (*Jn* 17,21.23).

La Iglesia, presencia de la paternidad de Dios en el mundo

Recordemos que la Iglesia nace del Padre en el engendramiento del amor de su Hijo y participa de ese amor, siendo por ello sacramento de ese misterio de amor (GS 45,1). Esto significa que en ella se hace presente y operante la paternidad misma del amor de Dios para los hombres. La Iglesia «lleva en sí el misterio del Padre» nos dice Juan Pablo II en la PDV (35).

Al hablar de Dios como Padre decíamos que la paternidad divina no es ni masculina ni femenina. En él, maternidad y paternidad están plenamente presentes. Dios Padre se sitúa más allá de estas imágenes nuestras, fruto de un fenómeno de proyección o de simples conceptos lingüísticos. El misterio de la Iglesia participa del mismo misterio de Dios y por tanto, está más allá de nuestros conceptos humanos sobre maternidad o paternidad. Por ello, tan legítimo es hablar de Dios Madre como de Dios Padre. Dios no es varón porque se hable de él como Padre, ni es mujer porque se le denomine como Madre.

La Iglesia «madre»

Este mismo razonamiento parece que debe aplicarse a la Iglesia que surge del amor fontal de Dios como Padre; ella participa de la maternidad y paternidad y de Dios. Sin embargo, es cierto que la secular tradición de la Iglesia es unánime en llamarle «madre». Se encuentra para ello con sólidos fundamentos en los mismos escritos neotestamentarios: es la «madre nuestra» dirá Pablo (*Gál* 4,26). Es la Esposa del Cordero inmolado (*Ap* 19,7; 21,2.9.22). Cristo se entregó por ella (*Ef* 5,25.26), la alimenta y cuida (*Ef* 5,29). Clemente de Alejandría afirma: «Hay un solo Padre... un solo Logos... también un solo Espíritu Santo... hay también una sola Virgen hecha madre, y me gusta llamarla Iglesia» (*Paed*, 1,6,42). Las mismas *notas* que la describen están formuladas con términos femeninos: la Iglesia es *una, santa, católica y apostólica*. El Concilio Vaticano II la llama repetidas veces «Madre Iglesia» y en el c. VIII de la LG nos ofrece un breve texto en el que sintetiza los fundamentos de su maternidad (n. 64).

¿Por qué no hablar de una Iglesia «padre»?

Acabamos de recordar que el misterio de la Iglesia surge del engendramiento paterno de Dios en su Hijo, llevando en sí «el misterio del Padre» (PDV 35). La Iglesia es sacramento de la paternidad de Dios, la cual implica como hemos dicho, el aspecto paterno y materno que nosotros damos a estos vocablos. Si ello es así, ¿no deberíamos hablar también de la paternidad de la Iglesia como hablamos de la maternidad de Dios?, ¿no es también legítimo hablar de la Iglesia Padre, como es legítimo hablar de Dios Madre?

El hombre, reflejo de la paternidad de Dios

El hecho de que la Iglesia lleve en sí el misterio del Padre haciendo presente y operante en el mundo la paternidad de Dios, es algo que afecta a todo los fieles. Toda acción verdaderamente filial de los hijos de Dios, todo acto de auténtico amor al hermano, es un acontecer del engendramiento de Dios de su Hijo vivido en el amor del Espíritu; deriva de ese engendramiento participando de la divina paternidad. Todo hombre, por estar hecho a imagen y semejanza de Dios, debe ser, en cierto modo, *padre de los demás hombres*.

La revelación que Dios hace de sí mismo es, a su vez, revelación del mismo hombre. Dios se revela como Padre en nosotros; llevamos

profundamente impresa la imagen paterna de Dios. La identidad de la paternidad del hombre esta «escondida» en Dios. Sin embargo, esta paternidad se da de un modo singular en aquellos en quienes, por su más plena pertenencia a la Iglesia (cf. LG 14,2), el Espíritu Santo actúa de una forma singular a fin de que reflejen «como en un espejo» la gloria de Dios en la paternidad de su amor (cf. *1 Cor* 3,18).

Esta singular paternidad que debe darse en todo cristiano, adquiere una relevancia todavía más significativa en aquellos que, por voluntad de Jesús, han sido llamados a ser sus pastores.

II. PATERNIDAD DE DIOS EN LOS PASTORES DE LA IGLESIA

A. *Concilio Vaticano II*

El Vaticano II ha querido resaltar esta cualidad paternal en aquellos que Cristo instituyó para apacentar el Pueblo de Dios (cf. LG 18). Deben ser pastores «según el corazón de Dios» (*Jr* 31,15) según lo ha recordado Juan Pablo II proponiéndolo como principio inspirador de toda su Exhortación postsinodal PDV (n.1). Los Pastores de la Iglesia deben tener, al estilo de Dios, un corazón paternal.

Las palabras de Jesús a sus Apóstoles hablándoles del Padre se dirigen hoy a sus sucesores los Obispos: «Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros» (*Jn* 20,21; cf. 13,20; 17,18). Podemos pues afirmar que ellos personalizan al Padre al personalizar a Jesús en quien el Padre es recibido; a ellos se refiere de modo especial Jesús cuando dice: «quien a vosotros recibe a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado» (*Mt* 10,40) (cf. PDV 14).

Puede ser provechoso el recoger aquellos textos del Concilio en los que aparece esta *dimensión paternal* que debe caracterizar tanto a los Obispos como a los Presbíteros.

Paternidad de los Obispos

Entre otras cosas el Vaticano II afirma que el servicio del Obispo es un «oficio paternal» (LG 21,1) / alimenta a sus fieles «como a verdaderos hijos suyos» (LG 27,3); deben ser «verdaderos padres, que se distinguen por el espíritu de amor y solicitud para con todos» (CD 16,1) / los presbíteros deben reconocer verdaderamente al Obispo como «padre suyo» y el Obispo debe tenerlos «como hijos» (LG 28,2) / han de considerar a los sacerdotes como «hijos» (CD 16,3) / los sacerdotes diocesanos deben constituir «un solo presbiterio y una sola familia, cuyo padre es el Obispo» (CD 28,1). S. Agustín recuerda a Am-

broso, Obispo de Milán, como ejemplo de paternidad y afabilidad con él: «Aquel *hombre de Dios* me recibió paternalmente y se interesó mucho por mi viaje como Obispo. Yo comencé a amarle; al principio, no ciertamente como doctor de la verdad... sino como a un hombre afable conmigo» (*Conf.* V, 13,23).

Paternidad de los Presbíteros

Ellos «reúnen la familia de Dios como una fraternidad» y «la conducen hasta el Padre» (LG 28,2; cf. PO 6,1) / deben tener «la solicitud del padre en Cristo» con aquellos «a quienes han engendrado espiritualmente por el bautismo y la doctrina» (LG 28,5) / han de desplegar «la caridad paterna con los pobres y enfermos» (CD 30,7) / los sacerdotes del N.T. «desempeñan en el Pueblo de Dios y por el Pueblo de Dios un oficio importantísimo y necesario de padre y maestro» (PO 9,1) / los fieles «han de profesarles un amor filial, como a sus padres y pastores» (PO 9,6) / por el celibato los presbíteros «se hacen más aptos para recibir ampliamente la paternidad en Cristo» (PO 16,2) / el amor de Dios al mundo «se confía al amor y al ministerio de los pastores de la Iglesia» (PO 22,2) / también puede decirse de los presbíteros que, al igual que los Obispos, personalizan la paternidad de Dios, en cuanto participan por su parte, del ministerio de los Apóstoles (PO 2,4), del de los Obispos (PO 2,2) y representan al Obispo en la comunidad (LG 28,2).

El Concilio nos recuerda que es en la atención a los pecadores, los pobres, los que sufren... etc., donde el ministro ordenado debe transparentar la paternidad de Dios. El sacerdote sirve a una Iglesia que «abrazo con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana» (LG 8,3), y que «se une por medio de sus hijos a los hombres de cualquier condición, pero especialmente con los pobres y los afligidos, y a ellos se consagra gozosa» (AG 12,1). Nuestra misión de padres es contribuir a que se cumpla la voluntad del Padre de que no se pierda ni uno sólo de los pequeños (*Mt* 18,14). A los presbíteros «se les encomiendan los pobres y los más débiles» (PO 6,3); en su forma de vivir deben evitar ellos, y también los Obispos, «todo aquello que de algún modo pudiera alejar a los pobres, apartando, más que los otros discípulos de Cristo, toda especie de vanidad» (PO 17,5).

La doctrina conciliar hace una referencia implícita a la *dimensión materna* del ministerio del presbítero, cuando afirma que es necesario que «en todos aquellos que en la misión apostólica cooperan a la regeneración de los hombres», se dé «aquel afecto materno del que la Virgen nos dio ejemplo» (LG 65).

B. *Exhortación de Juan Pablo II «Pastores dabó vobis»*

El sacerdocio «nace de la profundidad del inefable misterio de Dios, o sea, del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y del don del Espíritu Santo» (12) / «administrador de los misterios de Dios», el sacerdote debe sentirse «sacramento del amor de Dios al hombre» (73) / es portador del «misterio» —misterio del amor de Dios— «para el bien de la Iglesia y de la humanidad» (72) / el Espíritu Santo hace que los sacerdotes participen de la vida filial de Jesús, o sea, «de su amor al Padre y a los hermanos» (19) / su ministerio está ordenado a «congregar a la familia de Dios...y llevarla al Padre» (74; cf. n. 76) / la necesidad de que la Iglesia entera evangelice hoy presentando el verdadero rostro de Dios como Padre que nos llama en Jesucristo (37), afecta de modo especial a los sacerdotes.

La caridad pastoral como sacramento de la paternidad de Dios

Es sobre todo en el ejercicio de la caridad pastoral realizado como un «*amoris officium*» (23,24), donde el sacerdote debe ser *sacramento de la paternidad de Dios*, servidor de una Iglesia que ha de ser «manifestación y al mismo tiempo realización del misterio del amor de Dios al hombre» (GS 45,1). En servicio de esta Iglesia debe «imitar y revivir» (22) y también «comunicar» (57) la caridad pastoral de Jesús que fue la revelación de la caridad paternal de Dios; en él se hizo visible el Padre (Jn 14,9). El Espíritu del amor es el que «infunde» esta caridad pastoral en el ministro ordenado; es también «su fuente perenne y su alimento continuo» (70).

La *donación de sí mismo* que pide al sacerdote el ejercicio de su caridad pastoral, es lo que marca a ésta con el sello de la paternidad. El fundamento de esta afirmación hay que encontrarlo en el hecho de que el Padre es Padre por su *salida de sí mismo* en su donación de amor, en el engendramiento de su Hijo único en el Espíritu. De igual modo, lo que hace que el servicio pastoral sea ante todo paternidad ministerial, es que su contenido esencial en el presbítero es «la donación de sí, la total donación de sí a la Iglesia compartiendo el don de Cristo y a su imagen» (23).

Este contenido esencial de la caridad pastoral como donación al estilo paterno de Dios, debe ser realizado a través de una serie de *actitudes y comportamientos* que manifiesten de forma clara su cualidad paterna. La Exhortación PDV señala una serie de rasgos que deben caracterizar la dimensión paternal del ser y de la misión del sacerdote. Entre otros, recogemos los siguientes:

Paternidad pastoral y configuración con Cristo

El carácter paterno de la caridad pastoral se deduce en primer lugar, del hecho de la singular configuración del sacerdote con Cristo que con tanta frecuencia aparece en la Exhortación PDV (nn. 3, 12, 18, 21, 22, 23, 29, 42, 45, 61, 70, 72). Hemos de tener en cuenta que la *cualidad paterna*, constituye una *característica fundamental* de Cristo, el Hijo del Padre. La razón de esta «paternidad filial» estriba en que nada hay más parecido a la función paterna que la función del «hermano mayor» que atribuye a Cristo la Carta de Pablo a los Romanos (8,29). La *filiación* es una *variación de la paternidad*, una forma de actualizar el ser y el hacer del Padre como lo afirma el evangelio de Juan: «el Padre siempre está conmigo»; «el Padre siempre actúa y yo, asimismo, actúo»; «yo hago siempre el querer del Padre»; «yo y el Padre somos uno»... Jesús ha venido a revelarnos adecuadamente la forma en la que Dios es Padre². En este sentido, San Juan Damasceno escribe: «El Hijo es presencia del Padre: es en todo idéntico al Padre, y sólo difiere de él por el hecho de ser engendrado» (*De imag. orat.* I,9).

En nuestra donación de amor al estilo del Padre según el ejemplo de Jesús, engendramos por medio de nuestra caridad pastoral; es decir, podemos hacer vivir al otro la misma vida de Dios. Esto lo realizamos cuando somos mediación del amor de Dios al hombre y amamos a éste de verdad. Solamente es padre verdadero aquel que ofrece su ser y su vida de tal forma que suscita una comunión de amor al ofrecer su vida. En el sacerdote, la oferta de su vida entregada, es mediación de la vida misma de Dios, es camino para el hombre hacia su comunión con Dios. Todo aquel que es amado de verdad puede decir «yo soy, porque soy amado». En nuestra caridad pastoral ejercida como «*amoris officium*», el hombre a quien servimos debe sentirse amado por Dios y debe poder decir: «yo soy, porque soy amado por Dios». En esto consiste, según Juan Pablo II, la tarea de evangelizar: en decir al hombre «Dios te ama».

Dimensión humana de la caridad pastoral

La «dimensión humana» en nuestro servicio a los hombres es uno de los rasgos más reveladores de la «humanidad» que Dios manifiesta en su paternidad. El sacerdote, nos dice la PDV, ha de cumplir su ministerio enriqueciendo su *humanidad* «en un creciente y apasionado amor al hombre» (72). Este «creciente y apasionado amor al hombre»

2. Cfr. J.M. ROVIRA BELLOSO, *El Padre, fuente original de la salvación*, en «Est. Trinit.» XVIII, 3 (1984) 353.

lo presenta Juan Pablo II como el fruto de una «sensibilidad humana» que enriquece y acrecienta nuestra propia humanidad haciéndola más auténtica y transparente (n.72). Una «sensibilidad humana» que el sacerdote debe «aumentar y profundizar»... «en el trato con los hombres y en la vida de cada día»; es la sensibilidad que nos permite «comprender las necesidades y acoger los ruegos, intuir las preguntas no expresadas, compartir las esperanzas y expectativas, las alegrías y los trabajos de la vida ordinaria»... ser capaces de «encontrar a todos y dialogar con todos» (72).

Pero donde el sacerdote potencia su *dimensión humana*, es sobre todo «conociendo y compartiendo, es decir, haciendo propia, la experiencia humana del dolor en sus múltiples manifestaciones, desde la indigencia a la enfermedad, de la marginación a la ignorancia, a la soledad, a las pobreza materiales y morales»... «Del sacerdote, cada vez más maduro en su sensibilidad humana» podrá decir el Pueblo de Dios lo que de Jesús dice la Carta a los Hebreos: «No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado» (*Heb* 4,15) (72). «La gente necesita salir del anonimato y del miedo, ser conocida y llamada por su nombre, caminar segura por los caminos de la vida; ser encontrada si se pierde; ser amada; recibir la salvación como don supremo del amor de Dios» (82).

Es evidente que esta dimensión humana en el ejercicio del ministerio está contribuyendo a que el sacerdote sea de verdad el sacramento de la paternidad de Dios. Por otra parte, es altamente significativa la afirmación que hace la PDV cuando dice que este rasgo humano del sacerdote hace que su ministerio «sea humanamente lo más creíble y aceptable» (43). Ello viene a decirnos que, en cierto modo, la credibilidad y aceptabilidad de la paternidad de Dios, se está jugando en la paternidad del pastor, en su «creciente y apasionado amor al hombre». En nuestra paternidad pastoral ponemos, de un modo específico, voz y rostro a la paternidad de Dios.

*Amor esponsal en la dimensión paterna y materna
de la caridad pastoral*

También las características propias del *amor esponsal* del sacerdote a la Iglesia dan un matiz singular, incluso materno, a la dimensión paterna de su caridad pastoral y quedan integradas en ella. El ser «testigo del amor de Cristo como Esposo» en favor de la Iglesia, pide al sacerdote «ser capaz de amar a la gente con un corazón nuevo, grande y puro, con auténtica renuncia de sí mismo, con entrega total, continua y fiel, y a la vez con una especie de “celo” divino (cf. 2 *Cor* 11,2), con

una ternura que incluso asume matices de cariño materno, capaz de hacerse cargo de los “dolores de parto” hasta que Cristo sea formado en los fieles» (22).

El celibato, participación singular en la paternidad de Dios

La PDV habla del don del celibato en su relación con la paternidad divina: el mismo estilo de vida del presbítero llevado en el celibato, «don precioso de Dios» (50), «don de la divina gracia, concedido a algunos por el Padre» (29), es un «signo también del amor de Dios a este mundo»... una «*participación singular* en la paternidad de Dios» (29).

Dimensión materna de la caridad pastoral

A través de la doctrina que nos ofrece el Concilio Vaticano II y la Exhortación postsinodal PDV, se descubre toda la riqueza y profundidad que entraña el ministerio de nuestra caridad pastoral como paternidad. Esta paternidad debe ser entendida también en su dimensión *materna*, al igual que en la paternidad divina; el amor, tal como se muestra en sus analogías humanas, y tal como es descrito en la Biblia, unifica en su origen fontal y divino, lo paterno y lo materno.

III. PABLO, MODELO DE PATERNIDAD PASTORAL

El apóstol es el ejemplo más claro del N.T. en el que la misión evangelizadora reviste las características de una verdadera paternidad. En su caridad pastoral Pablo se nos presenta como el reflejo que mejor nos ilumina la paternidad divina en la autodonación del Padre que engendra a su Hijo. Él mismo hace una referencia explícita a su paternidad apostólica cuando afirma: «Pues aunque hayáis tenido diez mil pedagogos en Cristo, no habéis tenido muchos padres. He sido yo quien, por el evangelio, os engendré en Cristo Jesús» (1 Cor 4,15). Esta misma paternidad que engendra la manifiesta cuando escribe a Filemón diciéndole: «te ruego por mi hijo Onésimo, al que he engendrado entre cadenas» (v. 10).

Escribiendo a los fieles de Corinto en su segunda Carta, se desahoga con ellos hablándoles como a hijos y recordándoles cómo su corazón se ha abierto a ellos: «¡Convertíos!, os hemos hablado con toda franqueza, nuestro corazón se ha abierto de par en par. No está cerrado nuestro corazón para vosotros; los vuestros sí que lo están para nosotros. Correspondednos: os hablo como a hijos; abríos también vosotros» (2 Cor 6,11-13).

A los fieles de la iglesia de Tesalónica les dice: «Como un padre a sus hijos, lo sabíais bien, a cada uno de vosotros os exhortábamos y alentábamos, conjurándoos a que vivieseis de una manera digna de Dios que os ha llamado a su reino y gloria» (1 Tes 2,11-12). En este texto Pablo nos descubre, aunque de paso, el estilo de una caridad pastoral *personalizada* que él realiza con «cada uno» de sus hijos; es el mismo estilo de pastoral del «tú a tú» que más tarde durante tres años realizará en Efeso (Hch 20,31). Es la pastoral que tantas veces realizó Jesús, la que Pablo VI recomendó a propósito de la evangelización del mundo actual (Ev. Nunt. n. 46), y de la que hoy día tan necesitado está el servicio pastoral que ofrecemos a nuestros fieles.

Pablo revela de modo especial la dimensión paterna de su caridad pastoral, cuando escribiendo a los Gálatas habla de su apostolado como de un real *engendramiento* dando a luz a sus hijos. En su Carta ha comenzado llamándolos «hermanos» (1,2) para pasar luego a llamarlos «sus hijos»; un nombre que los adversarios del apóstol no les pueden dar. Sin embargo, cuando Pablo habla de ello, no piensa en esta confrontación, sino en que ahora vuelve a alumbrar con dolor a quienes un día recibieron el Espíritu, no por sus obras, sino por la fe en la predicación que él les hizo de Cristo crucificado (Gál 3,1-2). Por eso les dice: «¡hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros» (Gál 4,19). Los dolores de parto por los que pasa por segunda vez, duran hasta que Cristo se forme en ellos, hasta que nazca en ellos el Cuerpo de Cristo.

Pablo piensa en los miembros de la comunidad en general; el alumbramiento de la totalidad de la comunidad, se realiza por el fortalecimiento de Cristo *en cada uno* de sus miembros. El apóstol alumbró a las iglesias de Galacia mediante su *evangelio*. En la Iglesia se manifiesta el Cuerpo de Cristo. Cuando se alumbró a la Iglesia, es la figura de Cristo la que sale a luz. Esta es la meta de todos sus fatigosos trabajos apostólicos. S. Juan Crisóstomo ha interpretado así el sentir del apóstol: «Mira su intranquilidad, mira su desasosiego. “Hermanos míos, yo os ruego; hijitos míos, por los que otra vez paso dolores de parto”. Hace como una madre que teme por su niño. “Hasta que Cristo se forme en vosotros”. He aquí un corazón de padre. He ahí la verdadera preocupación apostólica. He ahí cómo se alza una queja más penetrante que la de una parturienta. Habéis devastado, solloza él, la imagen, perdido la filiación, cambiado la esencia. Necesitáis un nuevo nacimiento, una nueva reforma; pero a pesar de todo, también a estos monstruos, a estos abortivos los llama hijitos» (Ep. in Gál IV,1).

Conviene advertir que la paternidad apostólica de Pablo, reviste también ese tono materno, al estilo de la paternidad divina. El apóstol ha hablado expresamente de ello en un texto altamente revelador de la

hondura entrañable que alcanza el matiz maternal de su solicitud pastoral: «Aunque pudimos imponer nuestra autoridad por ser apóstoles de Cristo, nos mostramos amables con vosotros, como una madre que cuida con cariño de sus hijos. De esta manera, amándoos a vosotros, queríamos daros no sólo el evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser, porque habíais llegado a sernos muy queridos» (1 Tes 2, 7-8).

IV. RASGOS DEL PASTOR COMO SACRAMENTO DE LA PATERNIDAD DE DIOS

El amor de Dios al mundo ha sido confiado «al amor y al ministerio de los Pastores de la Iglesia» nos ha dicho el Vaticano II (PO 2,2). El sacerdote debe ser el «sacramento del amor de Dios al hombre» nos ha recordado Juan Pablo II (PDV 73). Se trata del amor paternal de Dios, del cual los Pastores deben ser el *signo* que lo manifiesta y la *mediación* que lo hace presente de una forma eficaz.

Todo ello requiere en el ministro una singular vivencia de este amor paternal de Dios, el cual lo debe reflejar en su ser y en su obrar pastoral. «Del misterio al ministerio» es una feliz fórmula acuñada por la PDV hablando del ejercicio ministerial (PDV 74). El prebitero debe sentirse penetrado por el misterio del amor de Dios como Padre, si quiere ser en su ministerio, sacramento de su paternidad. Es entonces cuando su servicio tendrá esos rasgos de paternidad que deben cualificar su caridad pastoral. Entre otros rasgos que necesariamente deben caracterizar el ministerio de un pastor que se siente padre de sus fieles, hay que señalar los siguientes:

— *conciencia filial: sentirnos amados por Dios*

Si la vida cristiana debe ser una respuesta de amor a Dios y a los hermanos desde la experiencia de haber «conocido» y «creído el amor que Dios nos tiene» (1 Jn 4,16), éste ha de ser también el principio fundamental que debe inspirar toda la vida espiritual de quien ha sido elegido para ser «sacramento del amor de Dios al hombre» (PDV 73).

La misión de Jesús encuentra su momento clave en la experiencia que vive en su bautismo sintiéndose el «hijo», el «amado», el «predilecto» del Padre. Solamente desde una experiencia filial fuertemente sentida, podrá el sacerdote continuar la misión evangelizadora a la que Jesús le envía. ¿Cómo podrá evangelizar diciendo al hombre: «Dios te ama» (CfL 34), si él no se siente inmensamente amado por Dios? El Espíritu Santo, «fuente primera» y «alimento continuo» de su caridad pastoral (PDV 70), actúa de modo especial en el ministro ordenado a

fin de que se sienta hijo y pueda llamar a Dios: «¡Abbá, Padre!» (*Rom* 8,15-16; *Gál* 4,6-7). La invocación de Dios como ¡Abbá!, debe tener un acento peculiar en aquellos que han sido llamados para servir a la comunidad eclesial en representación de Cristo siendo: su personificación, su epifanía y transparencia, su prolongación, su signo sacramental...No podrán realizar adecuadamente este servicio, si no están configurados con Cristo en la vivencia de su conciencia filial. El Espíritu es quien hace participar al prebítero de la vida filial de Jesús, es decir, de «su amor al Padre y a los hermanos» (PDV 19).

— *vida filial*

Nuestra singular configuración con Cristo por el sacramento del Orden, pide que nuestra vida espiritual quede «caracterizada, plasmada y definida» por las mismas actitudes y comportamientos de Jesucristo (PDV 21); ellas se derivan de su conciencia filial y son la expresión concreta de su relación filial con el Padre. Por tanto, la *confianza* plena de Jesús en el Padre, su *obediencia* filial, su *pobreza* como la forma de participar en la riqueza del Padre, su *oración* de Hijo... etc., deben caracterizar, plasmar y definir la vida espiritual del ministro ordenado.

— *conciencia filial y misión*

Al igual que Jesús, el sacerdote debe sentirse «ungido», «penetrado», «bautizado» por el Espíritu Santo que le hace sentirse hijo amado por el Padre, para poder llevar a cabo la misión de anunciar a los hombres, y de modo especial a los pecadores, los que sufren, los pobres..., la Buena noticia del reino del amor de Dios (cf. *Hch* 1,5; *Lc* 4,18-19). Como antes apuntábamos, es la conciencia filial la que fundamenta la dimensión paterna que debe tener nuestra misión pastoral. Hemos sido configurados con Cristo «el hermano mayor» (*Rom* 8,29) y decíamos que nada hay más parecido a la función del padre que la función de «hermano mayor», que el Padre nos ha encomendado.

V. LA CARIDAD PASTORAL OFRECIDA COMO PATERNIDAD FRATERNA

Aunque de forma breve, hacemos mención de algunas notas que deben caracterizar nuestra caridad pastoral realizada como una verdadera paternidad fraterna:

— *anuncio preferencial del reino a los pobres*

Nuestra misión evangelizadora dirigida a todos los hombres, debe ser prolongación de la de Jesús; ella fue ofrecida de forma preferencial

a los pecadores, a los pobres, a los que sufren... Los «pobres y los más débiles» nos han sido encomendados de modo especial por la Iglesia (PO 6,3; PDV 18). En su encíclica *Sollicitudo rei socialis* Juan Pablo II señala la «opción o amor preferencial por los pobres» como «una *forma especial* de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana» (n. 42). Esta opción preferencial propia de la caridad cristiana, reviste evidentemente una exigencia específica en el ejercicio de la caridad pastoral con nuestros hermanos los «heridos de la vida».

— *fraternidad con los fieles*

La caridad pastoral ejercida como paternidad no puede darse si no está apoyada en una caridad pastoral realizada como *fraternidad*. Manteniendo la específica modalidad de la participación en el sacerdocio de Cristo (cf. LG 10), debemos recordar la afirmación de Pablo VI que ha recogido la PDV: es preciso hacernos «hermanos de los hombres» si queremos ser «sus pastores, padres y maestros» (PDV 74). Siendo padres y maestros «juntamente con todos los fieles», somos «discípulos del Señor»... «hermanos entre los hermanos» (PO 9,1; PDV 20, 74). El sacerdote está «inserto y unido al Pueblo de Dios, con el gozo de compartir los dones de la salvación y en el esfuerzo común de caminar “según el Espíritu” y siguiendo al único maestro y Señor» (PDV 20). El presbítero «no sólo está “al frente de la Iglesia”, sino ante todo, “en la Iglesia”» (PDV 74).

— *fraternidad entre los presbíteros*

La dimensión fraterna que implica la paternidad de la caridad pastoral se presenta con rango de prioridad cuando afecta a la relación del sacerdote con los demás presbíteros que se «unen todos entre sí por íntima fraternidad sacramental», y de modo especial con aquellos que «bajo el propio Obispo, forman un sólo presbiterio» (PO 8,1). La fisonomía del presbiterio debe ser «la de una verdadera familia» (PDV 74). «La caridad pastoral pide que, para no correr en vano, trabajen siempre los presbíteros en vínculo de comunión con los Obispos y con los otros hermanos en el sacerdocio» (PO 4,3). «La caridad pastoral del sacerdote le pide y exige de manera particular y específica una relación personal con el presbiterio, unido al Obispo» (PDV 23). En todos los presbíteros debe darse un «sincero esfuerzo de estima recíproca, de respeto mutuo y de colaboración coordinada de todas las diferencias positivas y justificadas, presentes en el presbiterio» (PDV 31).

Dada la estrecha vinculación que se da entre *comunión* y *misión*, deducimos que un presbiterio, solamente podrá realizar a nivel corpo-

rativo una misión pastoral eficaz, si vive una estrecha comunión en el seno de sí mismo. De igual modo hay que afirmar que a nivel personal, ningún sacerdote podrá dar a su pastoral una dimensión de paternidad para con sus fieles, si no intenta sinceramente vivir una real fraternidad con sus hermanos sacerdotes.

En definitiva, tanto la dimensión fraterna con los fieles como con los demás presbíteros, implica en el sacerdote un estilo de relación en la que se den una serie de elementos, como son por ejemplo: el diálogo, la comunicación, la corrección fraterna y el dejarnos corregir y aconsejar, el compartir nuestros bienes materiales y espirituales, el perdón que trata de olvidar, el superar la envidia y la acepción de personas, el juzgar con amor, el animar sus horas bajas, el acompañar sus momentos difíciles...etc.

VI. NOTAS DE UNA PASTORAL REALIZADA COMO PATERNIDAD FRATERNA

Podríamos decir que las notas de este tipo de pastoral, se encuentran ya implicadas en los *rasgos* del pastor y las *características* de una pastoral realizada como paternidad que acabamos de enumerar. No obstante, puede ser conveniente el que algunas de ellas sean singularmente explicitadas. Entre otras, señalamos las siguientes:

— *la misericordia*

Juan Pablo II ha recordado en su encíclica *Dives in misericordia* que, precisamente porque «Dios es Amor» (1 Jn 4,8.16), «no puede revelarse de otro modo sino como misericordia» (n. 13). De ello se deduce que, de igual modo, el sacerdote no podrá ser el «sacramento del amor de Dios al hombre» (PDV 73), ni realizar su «*amoris officium*» como padre, sino en cuanto es en verdad el *sacramento* —signo y mediación— *de la misericordia divina*. Su sensibilidad pastoral de la que antes hemos hablado, no es otra cosa que la expresión de su misericordia. En el padre bueno de la parábola de Jesús (Lc 15,20-32), debe encontrar el modelo de su ministerio paternal. El *hesed* de Dios debe hacerse siempre presente en su caridad pastoral.

La amplia gama de palabras con las que se traduce el término bíblico *hesed*, orienta los muchos aspectos en los que puede manifestarse la misericordia pastoral; v.g. *favor, beneficio, servicio, ayuda, clemencia, bondad, benevolencia, piedad, compasión, lástima, cariño, afecto, lealtad, fidelidad, compromiso, amabilidad, simpatía, atractivo, atracción...*

De modo especial, cuando el sacerdote administra el sacramento de la reconciliación, debe ser el sacramento más revelador de la entrañable misericordia de Dios. Ello debe hacerlo: acogiendo con amabilidad, escuchando con serenidad y comprensión, sintonizando con la situación del penitente, potenciando su arrepentimiento, alentando su confianza, aconsejando con sabiduría, despertando en él la alegría de participar en la alegría que siente Dios por su vuelta, participando el mismo sacerdote en la alegría de ambos. El sacramento de la misericordia es el sacramento por antonomasia de la paternidad de Dios, ofrecido por mediación de la paternidad de la Iglesia en el ministerio paternal del sacerdote.

— *paternidad inmolada*

La paternidad de Dios, que es éxtasis, salida de sí mismo en el engendramiento del Hijo, significa una real inmolación en la que participa Jesús en su inmolación en la cruz a impulsos del Espíritu Eterno (*Heb 9,14*); nuestra configuración con Él por el sacramento del Orden, pide de nosotros una singular participación en dicha inmolación. Nuestra caridad pastoral es paternidad también a través de un amor inmolado. El sacerdote que quiere amar de verdad, muchas veces deberá hacerlo desde la cruz. Su amor paterno de pastor es con frecuencia un amor vivido en el dolor.

— *la autoridad del amor*

También el necesario ejercicio de la autoridad conferida por Dios al ministro ordenado (CD 16,1), tan propio de toda función paterna, ha de realizarlo «alejándose de toda actitud de superioridad o ejercicio de un poder que no esté siempre y exclusivamente justificado por la caridad pastoral» (PDV 58). La autoridad de los presbíteros se ordena a reunir la familia de Dios como una fraternidad y a conducirla a Dios Padre (PO 6,1). Son colaboradores del Obispo, cuya autoridad debe usarla únicamente «para edificar su grey en la verdad y la santidad» (LG 27,1). Una pastoral paterna en la que deba intervenir la autoridad, debe mirar como modelo al padre bueno de la parábola (*Lc 15,20-32*): la única autoridad que él reclama es la autoridad de la compasión (H. Nouwen).

La auténtica autoridad es *la autoridad del amor*. Sólo ella hace verdad la significación de su nombre («auctoritas» hace referencia a «augere» = aumentar, desarrollar), pues el amor es el único resorte capaz de sacar a luz y desarrollar todo lo que de bueno y verdadero, de bello y noble, ha sembrado Dios en el corazón humano. Solamente se puede mandar bien, amando; sólo entonces acontece que el «mandar es servir».

— *conocimiento del hombre*

Todo padre necesita conocer a su hijo si quiere ser su educador. También el sacerdote que quiera ser verdaderamente padre en su pastoral, debe ofrecerla desde un conocimiento lo más profundo posible de los fieles a quienes sirve. En la línea de S. Agustín que ve en el amor el camino del conocer, la PDV recuerda que la misma caridad pastoral «empuja y estimula al sacerdote a *conocer cada vez mejor* la situación real de los hombres a quienes ha sido enviado; a discernir la voz del Espíritu en las circunstancias históricas en las que se encuentra; a buscar los métodos más adecuados y las formas más útiles para ejercer hoy su ministerio» (PDV 72). «Es necesario que, a ejemplo de Jesús que “conocía lo que hay en el hombre”, el sacerdote sea capaz de conocer en profundidad el alma humana, intuir dificultades y problemas» (PDV 43).

— *amor gratuito y generoso*

En nuestro ministerio debemos reflejar la paternidad divina ofreciendo a los hombres *gratuita y generosamente* su amor. Nuestra *donación* pastoral realizada de forma gratuita y generosa significa: dar sin recibir, amar sin ser correspondidos, servir sin ser reconocidos, anunciar la Buena nueva sin ser escuchados y a veces vernos rechazados, ser mal interpretados, «ser para los demás un camino que se utiliza y se olvida» (P. Claudel), sentirnos utilizados por las conveniencias, incluso «espirituales», de nuestros fieles, experimentar la soledad y el olvido de tantos a quien un día acompañamos y ayudamos...etc. En nuestra caridad pastoral, el amor de Dios al hombre pasa por nuestro corazón; este amor es un amor gratuito, un amor que se regala y pide de nosotros ofrecerlo intentando amar al estilo de Dios, pues queremos hacer de nuestro servicio pastoral una mediación gratuita.

Un amor así supera nuestra humana capacidad; solamente puede ser ofrecido y sobrellevado desde una profunda fe, creyendo que el «amor es fuerte como la muerte» (*Cant* 8,6); la fuerza de ese amor gratuito y generoso, Dios lo puede manifestar en nuestra flaqueza, ayudándonos a superar todos esos elementos de muerte que significan la respuesta que a veces recibe nuestra entrega paternal. Como Pablo, también nosotros podemos decir con firme convicción: «De todo me siento capaz, pues Cristo me da la fuerza» (*Fil* 4,13)

Sin embargo, todas estas experiencias pastorales que a veces tanto nos pueden hacer sufrir, resultan una sabia pedagogía divina que nos va conduciendo para que nuestro servicio pastoral sea un *claro reflejo* de la paternidad gratuita de Dios. Se trata de vivir muriendo, de apren-

der a ser los siervos pobres que hemos hecho «lo que teníamos que hacer» (Lc 17,10): en el «desprendimiento personal» (PDV 26), en el vacío de una soledad humana que debe ser convertida en apertura, para ser colmada por una plenitud divina. Se trata de ser «enseñados por Dios» (Jn 6,45) para sentirnos dichosos viviendo la bienaventuranza proclamada por Jesús: «hay más felicidad en dar que en recibir» (Hch 20,35).

— *amor paterno y materno a la vez*

Teniendo en cuenta estas dos dimensiones del amor de Dios del cual nosotros somos su «sacramento» (PDV 73), nos puede servir de ayuda lo que desde las ciencias humanas y, en concreto desde la psicología, se nos ofrece. En este sentido, puede ser valiosa la aportación de la voz autorizada en este campo como es una de E. Fromm. Haciendo referencia a las características específicas del amor paterno y materno, habla entre otras cosas del amor *incondicional* de la madre, como un amor que corresponde a los anhelos más profundos no sólo de niño sino de todo ser humano. Hace también referencia al amor *condicional* del padre que significa el otro polo de la existencia humana: el del pensamiento, el de las cosas hechas por el hombre, el de la ley y del orden, el de la disciplina...etc.; es el padre el que enseña al niño, el que le muestra el camino hacia el mundo; es un amor que estimula al niño a hacer algo para conseguirlo; a partir de una edad temprana, el niño comienza a necesitar del amor del padre, su autoridad y su guía. La función de la madre es darle seguridad en la vida; la del padre, es enseñarle, guiarle en la solución de los problemas que le plantea la sociedad.

Resulta ingeniosa la aplicación que este autor hace a la función materna del simbolismo de la «tierra prometida», descrita en la Biblia como aquella que «mana leche y miel» (Ex 3,8). La tierra siempre es un símbolo materno. En ella, dice Fromm, «la *leche* es el símbolo del primer aspecto del amor: el cuidado y la afirmación. La *miel* simboliza la dulzura de la vida, el amor por ella y la felicidad de estar vivo. La mayoría de las madres, afirma este autor, son capaces de dar “leche”, pero sólo unas pocas pueden dar “miel” también»³. Sirviéndonos del símil, podríamos decir que la dimensión materna del ministerio pastoral, no sólo debe atender al cuidado y afirmación de los fieles, sino que también debe estar impregnada de ternura y amabilidad y de un gran amor a la vida; debe también ofrecerse desde la alegría de aquel que se siente feliz viviendo sencillamente entre los hombres, la hermosa vocación de ser sacramento del amor que Dios les tiene.

3. E. FROMM, *El arte de amar*, Paidós, Buenos Aires, p. 64.

Bajo la acción del Espíritu (cf. PDV 24), un pastor clarividente sabrá incorporar a su ministerio estos y otros subsidios que desde la ciencia, pueden ayudarle a realizar su caridad pastoral como una verdadera paternidad que refleje el amor paternal y maternal de Dios al hombre.

— *comunicación espiritual*

No podemos pasar por alto el valor cristiano y eclesial de la «comunicación espiritual» en orden a establecer y potenciar una verdadera comunión de paternidad fraterna. Comunicar con otros nuestra experiencia espiritual, nos lleva a vivir en comunión, vivida en el mismo Cristo a quien hemos descubierto y queremos que sea nuestro único Señor. Se ha dicho que, sólo aquel que sabe por experiencia personal qué significa haber comunicado a otros su propio vivir de Cristo y haber recibido de otros su experiencia de Cristo, sabe qué quiere decir la palabra Iglesia⁴.

4. Cfr. S. DIANICH, *La Chiesa mistero di comunione*, Ed. Marietti, 1981³, p. 58.